



Homilía en la inauguración del curso académico 2026-2027

Seminario Diocesano e Instituto Teológico San Leandro de Huelva

Huelva, 24 de septiembre de 2026

Queridos hermanos sacerdotes: vicarios, rector del Seminario, director, formadores y profesores del Seminario y del Instituto Teológico San Leandro; decano de la Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla; sacerdotes concelebrantes; diáconos; seminaristas, alumnos y alumnas; religiosos y religiosas; queridos hermanos y hermanas, amados por el Señor.

Al comenzar un nuevo curso académico, la Iglesia nos reúne en torno al altar del Señor para poner bajo su mirada nuestro trabajo, nuestros proyectos, nuestros estudios y nuestras esperanzas.

Por eso, al iniciar este nuevo curso en el Instituto Teológico San Leandro, nuestra primera palabra no puede ser sino una palabra de **acción de gracias**: acción de gracias por el don de la fe, por el don de la Iglesia, por el don de la vocación y también por el don de la inteligencia humana, que busca la verdad y que encuentra en Cristo su plenitud.

Lo que hoy hacemos, por tanto, no es simplemente comenzar una nueva actividad académica. Es **renovar una misión**.

Cada curso constituye una nueva oportunidad para que esa misión vuelva a hacerse realidad en esta comunidad educativa: en profesores que enseñan, en alumnos que estudian, en sacerdotes que acompañan, en seminaristas que disciernen su vocación y en laicos que desean conocer mejor la fe que profesan y testimonian.

Porque la teología no es una actividad intelectual aislada de la vida de la Iglesia. La teología nace de la fe de la Iglesia, se alimenta de ella y está llamada a servirla.

Por eso, al comenzar este curso, quisiera pedir especialmente esta gracia para nuestro Instituto: que sea una casa donde se busque la verdad con libertad, rigor y honestidad intelectual, pero también con verdadero espíritu eclesial. Que estudiemos para conocer mejor a Cristo, para servir mejor a la Iglesia y para ayudar a otros a descubrir la belleza de la verdad revelada.

Esta es, en definitiva, la gran responsabilidad de una institución teológica.

La fe que busca comprender

Toda la historia del pensamiento católico nos enseña algo esencial para cualquier institución teológica: **la fe no tiene miedo de la inteligencia.**

San Anselmo expresaba esta convicción con una fórmula que ha atravesado los siglos: *fides quaerens intellectum*, la fe que busca comprender, la fe que busca la inteligencia.

La Revelación cristiana no destruye la razón humana. La eleva, la sana y la conduce hacia horizontes que por sí sola no podría alcanzar. Porque estamos convencidos de que toda verdad procede, en último término, de Dios.

Esta actitud resulta extraordinariamente actual. También nosotros vivimos en un tiempo en el que la Iglesia necesita hombres y mujeres capaces de pensar.

Necesitamos una teología capaz de dialogar con la filosofía, con las ciencias, con la cultura, con las transformaciones sociales, con las nuevas formas de comunicación, con las grandes cuestiones antropológicas de nuestro tiempo y también con las posibilidades y los desafíos que plantea la inteligencia artificial.

Pero necesitamos, al mismo tiempo, una inteligencia que no se cierre sobre sí misma. Porque la razón humana es grande, pero no es absoluta.

Aquí encontramos una de las grandes aportaciones de *Fides et ratio*, de san Juan Pablo II. La encíclica comenzaba con una imagen que ha quedado incorporada al patrimonio intelectual contemporáneo de la Iglesia: **la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad.**

Dos alas.

La razón necesita de la fe para no encerrarse en los límites de lo inmediatamente verificable y para abrirse al misterio de la existencia, del ser humano y de Dios.

Y la fe necesita de la razón para poder comprender y comunicar con claridad aquello que cree, para dialogar con el mundo y para ofrecer una palabra que pueda ser entendida por el hombre y la mujer contemporáneos.

Esta convicción debe formar parte del espíritu de nuestro Instituto. No deseamos una fe sin pensamiento, sino una inteligencia creyente, una fe que piensa.

La alegría de la verdad

Y así alcanzaremos la alegría de la verdad: *Veritatis gaudium*, una expresión particularmente hermosa para este comienzo de curso.

El papa Francisco comenzaba así su Constitución Apostólica sobre las Universidades y Facultades Eclesiásticas: *La alegría de la verdad* nace del deseo del corazón humano de encontrar, habitar y compartir la luz de Dios. Y afirmaba con claridad que la verdad cristiana no es una idea abstracta: **la Verdad es Jesucristo, el Verbo de Dios.**

Esto cambia profundamente nuestra manera de entender los estudios teológicos.

Estudiar teología no consiste únicamente en adquirir información sobre Dios. Consiste en dejarse introducir más profundamente en el misterio de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo.

Por eso, queridos alumnos, seminaristas y laicos, cada página de la Escritura, cada tratado de teología, cada cuestión filosófica, cada lección de historia, cada hora de lectura puede convertirse en un camino hacia Cristo.

Y vosotros, queridos profesores, tenéis una tarea que es mucho más que transmitir conocimientos. Tenéis la hermosa responsabilidad de acompañar a otros en la búsqueda de la verdad.

Por eso, la Iglesia necesita profesores rigurosos, competentes y exigentes; pero necesita también profesores que amen aquello que enseñan. Porque nadie puede transmitir verdaderamente la belleza de una verdad que ha dejado de amar.

Una teología al servicio de la misión

Veritatis gaudium nos ofrece también una orientación muy importante para este nuevo curso.

El papa Francisco recordaba que los estudios eclesiológicos están estrechamente unidos a la misión evangelizadora de la Iglesia. No existen para sí mismos: **están al servicio de la misión**.

Y señalaba cuatro grandes criterios para su renovación: el centro debe ser el anuncio de Jesucristo; debe existir una verdadera cultura del diálogo; es necesario cultivar la interdisciplinariedad; y debemos crear redes de colaboración entre instituciones y saberes.

Todo ello tiene importantes consecuencias para nuestra Iglesia particular.

Nuestro Instituto no puede vivir de espaldas a Huelva ni de espaldas a nuestra Diócesis. Debe escuchar y responder a las preguntas que se hacen nuestros jóvenes, nuestras familias, nuestros sacerdotes, nuestros educadores y nuestros agentes de pastoral.

No puede vivir ignorando a quienes han perdido la fe, a quienes buscan, a quienes dudan, a quienes sufren o a quienes profesan otra religión.

En nuestro Instituto deben tener eco las preguntas de todos ellos. Y debemos buscar el modo de anunciar la verdad del Evangelio de manera que pueda ser acogida, comprendida y vivida.

El papa Francisco habla de los estudios eclesiológicos como de una especie de *laboratorio cultural*, en el que la Iglesia aprende a interpretar la realidad a la luz de Jesucristo.

Hay una expresión de *Veritatis gaudium* que quisiera dejar especialmente en el corazón de quienes comienzan este nuevo curso. El papa Francisco afirmaba que la filosofía y la teología deberían estudiarse **con la mente abierta y de rodillas**.

Me parece una magnífica definición del espíritu que debería animar vuestro estudio: mente abierta, pero de rodillas.

Porque sabemos que la verdad última no es propiedad nuestra. Dios es siempre más grande que nuestras categorías y el misterio de Cristo desborda toda construcción intelectual.

Una inteligencia humilde al servicio del amor

Por eso, queridos hermanos, al comenzar este curso académico, pidamos al Señor que nos conceda una **inteligencia humilde**.

Una inteligencia apasionada por la verdad.

Y, sobre todo, una inteligencia que sepa ponerse al servicio del amor.

Pongamos todo este curso bajo la protección de la Virgen María, *Sedes Sapientiae*, Madre de la Sabiduría.

Que ella, que acogió en su corazón y en su seno la Palabra hecha carne, nos enseñe también a nosotros a unir conocimiento y contemplación, estudio y oración, inteligencia y fe.

Porque la verdad tiene un nombre: **Jesucristo**.

Y encontrarle, conocerle, amarle y anunciarle será la razón última de nuestro estudio y de nuestro verdadero gozo.

Que así sea.

+ *Santiago Gómez Sierra, Obispo de Huelva*